

de hoy, dícame, a solicitud de la señora Juana C., viuda de Gurrión: «Consigne usted el asunto de la aprehensión de su hijo a la autoridad judicial competente para los fines procedentes». Suplícole atentamente darme respetables órdenes esta vía. Respetuosamente, el jefe político.

DÁVILA.

RESPECTO AL FUERO

México, agosto 19 de 1913.—Gobernador del Estado, Oaxaca:—Si el señor Adolfo C. Gurrión se encuentra preso, ruego a usted ordene sea puesto en libertad y *se le den las garantías que le corresponden conforme a su fuero de diputado*.

A. URRUTIA.

«NO SE ALARME, SEÑOR GOBERNADOR....»

México, agosto 20 de 1913.—Gobernador Oaxaca:—Dije a usted en telegrama de ayer que si estaba preso Adolfo C. Gurrión, ordenara se pusiera en libertad y se respetara su fuero de diputado. Respecto a otras instrucciones dictadas al jefe político, ruego a usted tenga en cuenta que es *urgente aplicar la ley* dadas las condiciones especiales del país que a todo trance exigen justicia. Tengo entendido que el señor jefe político ha obrado con entero apego a la ley.

AURELIANO URRUTIA.

UN MENSAJE DE LA CÁMARA

Oaxaca, agosto 20 de 1913.—Doctor Aureliano Urrutia, ministro de Gobernación, México:—Jefe político de Juchitán informó que por orden de usted aprehendió al diputado Adolfo C. Gurrión y lo entregó al jefe de la zona militar, y parece que dicho diputado fue pasado por las armas, aunque de esto no tengo noticia exacta. Comisión permanente Congreso de la Unión pidióme ayer por telégrafo informe sobre detención y situación

de Gurrión, y me he limitado a informar hoy que por queja de la señora Juana C., viuda de Gurrión, que denunciaba aprehensión y asesinato, mandé al jefe político consignar el asunto a la autoridad judicial competente y que esperaba informe circunstanciado para poderlo transmitir a la Comisión permanente. Al ponerlo en conocimiento de usted, suplícole me indique si tiene algo que participar, qué decirme.

M. BOLAÑOS CACHO.

LO QUE HABÍA QUÉ DECIR

México, 20 de agosto de 1913.—Señor general Lauro F. Cejudo, jefe de las armas.—San Jerónimo, Oaxaca:—Si acaso fuera requerido para dar informes sobre Adolfo C. Gurrión, sírvase indicar que tanto este diputado, como Rivera Cabrera, habían sido directores revolucionarios del motín de Tehuantepec; que con tal motivo la secretaría de Guerra dió órdenes de aprehensión; que después de sofocado el motín, estos diputados se ocultaron en la hacienda de San Cristóbal, y que como todos los reos aprehendidos en dicho levantamiento declararon aquí que se habían levantado a instancias de dichos diputados, cuando Gurrión fue aprehendido se nombró escolta para conducirlo a esta Capital, y según el parte que rindió esta secretaría, diga que una partida de bandoleros asaltó a la escolta cuando lo conducía aquí, quedando muertos él y un bandido que traían de Santa Lucrecia.

AURELIANO URRUTIA.

«PARA MAYOR GARANTÍA DE SU VIDA»

Telegrama muy urgente.—México, agosto 21 de 1913.—Señor Ignacio Dávila, Juchitán, Oaxaca:—Con relación a sus últimos mensajes, sírvase informar a esta secretaría diciendo que por distintos conductos supo usted que diputado Gurrión y diputado Rivera Cabrera habían provocado el levantamiento de Tehuantepec; que fracasado movimiento en que tomaron parte

activa con armas en la mano, se ocultaron en la hacienda de San Cristóbal y por tal motivo secretaría de Guerra dió órdenes de aprehensión; por informes recibidos ordenó que, si se encontraba revolucionando, a pesar fuere constitucional fueran aprehendidos y remitidos con seguridades debidas; que confirmados todos los datos, se procedió a la aprehensión, entregándolos al jefe de las armas *para mayor garantía de su vida*, que era lo que pedía la superioridad; que en las declaraciones de individuos remitidos a disposición de la secretaría de Gobernación, consta que Horacio Culebro dijo que recibió dinero y armas de dicho diputado y otros individuos, revolucionarios del lugar, y que estos son los datos que usted puede proporcionar.

AURELIANO URRUTIA.

(De «EL DEMÓCRATA», octubre de 1914.)

LA EXHUMACIÓN DEL CADÁVER DEL DIPUTADO GURRIÓN.

PORMENORES DEL CRIMEN

«El día 17 de los corrientes se trasladó el juez instructor militar, señor licenciado don Julián Arreola, acompañado del personal respectivo, al pintoresco pueblo de Chihuitlán para exhumar el cadáver del ciudadano diputado renovador, profesor Adolfo C. Gurrión, que fue fusilado hará cerca de un año por órdenes del doctor Urrutia, en el camino que va de San Jerónimo Nixtepec al pueblo citado, pertenecientes ambos al distrito de Juchitán, Oaxaca.

A las diez de la mañana estaban presentes en el cementerio de Chihuitlán, el señor Gurrión, hermano de la víctima; dos campesinos que fueron obligados por los asesinos la noche de los sucesos a cargar el cuerpo doblegado por las balas y cavar la fosa en que fue depositado, así como numerosos vecinos y una compañía de valientes soldados juchitecos.

Señalada la fosa por los testigos, principió la conmovedora y triste operación de extraer los restos del señor diputado Gu-

rrión, que llevamos a cabo el que escribe estos apuntes y el señor doctor Calvo y Monterrubio.

A un metro de profundidad, y dentro de un terreno muy húmedo y sedimentoso, se descubrieron los restos de dos personas. Fueron perfectamente identificados los del señor profesor Gurrión, cuya cabeza veía al Oriente. Los otros, colocados en sentido contrario, pertenecen a un heroico desconocido que en compañía de Gurrión fue inmolado en aras de la libertad.

Los restos del señor Gurrión, conservados dentro de sus ropas de casimir gris, semidestruídas por la humedad, parecían envueltos en amplio sudario. El otro cadáver tenía ropa de lona blanca.

La cabeza del señor profesor Gurrión se encontró cubierta de pesados pedruscos y ladrillos, siendo de notar que en el resto de la fosa no hubiera una sola piedra. Levantados con todo cuidado estos instrumentos de tortura, apareció el cráneo en su totalidad hecho pedazos.

Extraído de la fosa, se encontraron las señales inequívocas de las heridas por arma de fuego que recibió. El cráneo no fue fracturado por proyectil de arma de fuego, sino por fuertes contusiones.

La tarea del desenterramiento fue desempeñada con verdadera devoción y cariño maternal por los guerreros juchitecos, que se negaron a que otras personas lo hicieran.

¿Qué negro misterio encierran los silenciosos pedruscos, que inmóviles descansaban sobre el cráneo destrozado del señor diputado renovador?

Dos suposiciones pueden conducir a la verdad.

La primera es que los verdugos encarnizados hayan profanado el cadáver, arrojando rabiosos las piedras que se encontraron en la fosa; y la segunda, que como la ejecución fue amparada por las sombras de la noche, la descarga, no habiendo sido certera, no privó completamente de la vida al señor Gurrión y fue rematado a pedradas dentro de la misma huesa.

Al presenciar esos brutales destrozos y tan negros procedimientos, hubo entre los istmeños que rodeaban la fosa, lágrimas e imprecaciones de dolor.

Los restos de la otra víctima fueron cubiertos respetuosa-

mente y los del señor Gurrión depositados convenientemente en una doble caja de zinc, para ser conducidos ese mismo día por sus deudos y numerosos correligionarios a la ciudad de Juchitán, en donde se les tributaron grandes honores.

Veracruz, diciembre 29 de 1914».

A. HERNÁNDEZ MEJÍA.

(De «LA OPINIÓN», de Veracruz.)

LA MUERTE DE ADOLFO C. GURRIÓN

Nuestra madre y nuestro hijo:

los dos grandes amores del hombre, los dos afectos más intensos, diferentes e idénticos: se nace con ellos, se muere con ellos o por ellos;

amamos a nuestra madre con respeto, con veneración y con ternura;

queremos a nuestro hijo con debilidad, con abnegación y con sacrificio;

a nuestra madre debemos la vida; nuestro hijo nos debe la vida: uno es el extremo del pasado eslabonándose con el presente, el otro es la avanzada del porvenir;

la madre es el símbolo de largos sufrimientos pasados, de viejas penalidades sumadas unas a otras al través de las generaciones;

el hijo es el heraldo portador de nuestros propios anhelos, de nuestras ambiciones incumplidas, de nuestras esperanzas soñadas;

analizad, escudriñad, abrid el pecho, buscad en el fondo del alma, estrujad agobiando, martirizando, exprimiendo las celdillas de vuestro cerebro: no encontraréis las diferencias de uno y otro amor;

¿cuál es mayor? ¿cuál es más fuerte?

¿resistís las penas que inundan de lágrimas los ojos de vuestra madre?

¿soportáis el dolor que hace padecer a vuestro hijo?
es necesaria, es forzosa, es ineludible la elección: ¿qué tormento escogéis?

levantáis—ya lo he visto,—levantáis en vuestros brazos al hijo y vais a prosternaros ante vuestra madre, confundís las dos aflicciones, las asociáis, no podéis declararos por ninguna y ambas os sujetan con lazos de fuerza semejante: habéis tendido los brazos a uno y otro lado: es vuestra cruz.

*
* *

En el supremo y angustioso instante de las grandes resoluciones, Adolfo C. Gurrión tomó a su pequeño hijo de la mano y lo llevó al lado de su anciana madre en el pueblo de Juchitán; todo es allí pequeño, reducido, vulgar; todos se conocen: desde el hortera al jefe político, desde el sacristán al médico; una pequeña población suele ser un grande infierno; las ideas allí no van más lejos del campanario; la acción parece estar proporcionada al caserío; la minúscula sociedad es la enorme implacable;

en las grandes poblaciones el afecto de los hombres se diluye, pero el odio se atoniza;

en los pequeños poblados la amistad se intensifica, pero la antipatía se agiganta;

los villorrios sólo tienen algo grande, franco, abierto, hermoso: el cielo;

pero los vecinos no levantan nunca la cabeza, entretenidos en contemplar los guijarros del camino y la huella que tardo y silencioso buey dejó sobre la vereda;

arriba las estrellas, abajo el estiércol: ellos prefieren el estiércol.

Llegó Gurrión a Juchitán vencido, aureolado por un naciente prestigio; su carrera sufría una crisis, un paréntesis: es cuando se busca el calor del viejo hogar; cuando, habiendo sufrido una gran pena o experimentado un rudo fracaso, se regresa a las fuentes originales con la esperanza de que sea un amante y consolador regazo;

¿era este hombre culpable de algún delito?

¿bullía algo en su mente de vencido, de hombre solo e inerte,

que comparte las penas con su madre y con su hijo, que llora viendo llorar a ojos que ya lo han hecho mucho y a otros que lo harán bastante todavía?

¿es culpable? ¡quién lo sabe! ¡acaso lo investigó alguno! ¿se pensó por ventura en un solo justificante, en una sola prueba?

¡no!: ciegos, enigmáticos, crueles, con la inconsciencia automática de segadores: veinte hombres armados aprehendieron a Gurrión y lo condujeron a San Jerónimo;

transcurrió el día, avanzó la noche y cada hora parecía interminable, eterna, a la anciana y al niño que a la puerta del cuartel esperaban sin reposo, sin alimentos, noticias del prisionero;

tres horas habían transcurrido después de la media noche: la anciana se había sentado en el suelo para servir de cama al nieto, la abuela consolaba al niño con palabras animosas, el nieto consolaba a la anciana con inocentes esperanzas: era una escena horrible y dulce a la vez, que sólo tenía por testigo al cielo; entonces la puerta del cuartel se abrió, el centinela terció su arma y Gurrión apareció, descubierto, descalzo, maniatado en medio de una doble fila de soldados: *¡de frente, marchen!*

siguieron una larga senda, sobre yerbas, sobre pedruscos, con el paso rítmico, sin pensar, sin saber: obedeciendo... los soldados no veían hacia atrás, no veían hacia arriba: atrás a una anciana y a un niño que trabajosamente los seguían, arriba al cielo único y mudo testigo;

el camino era largo: diez kilómetros a paso reglamentario; el andar claudicante de la anciana se protegía en el pequeño muchacho de 8 años; el débil paso del niño buscaba el apoyo de la anciana; era preciso no perder de vista a la escolta y continuar la marcha por la larga senda, sobre yerbas y sobre pedruscos;

de pronto, ¡alto!

la patrulla se ha detenido, se oyen voces de mando, se ha formado un cuadro;

la anciana y el niño apresuran su jadeante marcha;

se oye una descarga;

la abuela y el nieto han llegado; ¿es tiempo?; es demasiado tarde: todo ha concluído;

los soldados no ven a esos seres que lloran, no pueden verlos; han tomado el paso reglamentario y automáticamente, rítmicamente, regresan a su cuartel; no ven hacia atrás a una madre y a un hijo que sufren, lloran y desesperan, que protestan y maldicen; no ven hacia arriba esfumarse a los astros resplandecientes ante los tenues resplandores de la aurora: *¡de frente, marchen!* . . . y marchan;

la anciana besa el rostro ensangrentado de su hijo muerto, se arrodilla, levanta los ojos al cielo y eleva una oración;

el niño no comprende, no puede comprender, está fatigado, tiene hambre y sueño, ha llorado por instinto, se tiende en la yerba y se duerme;

la muerte ha llegado a su cuna, el Sol besa su frente;

¡triste amanecer!

(Escrito por el autor de este libro en la Penitenciaría, en febrero de 1914.)

CÓMO FUE EL ASESINATO DEL DIPUTADO DON SERAPIO RENDÓN

Completamos esta información con los fragmentos interesantes del relato, hecho por un testigo presencial del suceso, al periódico "El Sol."

El testigo y el diputado Rendón estaban condenados a morir la misma noche del 22 de agosto de 1913, y sólo por una verdadera casualidad pudo el primero de los citados escapar a la terrible sentencia.

El mérito histórico de estas declaraciones es indiscutible.

UNA CARTA DE SU HERMANO VÍCTOR

«S. C., Progreso, agosto 22 de 1914.

Señor don Carlos R. Menéndez, director de «La Revista de Yucatán».

Mérida.

Estimado y buen amigo:

Hace poco tuve el gusto de anunciarle que muy pronto pediría a usted que me dispensara el honor de la hospitalidad en las columnas de su ilustrada publicación, para dar a conocer algunos detalles, perfectamente averiguados, del vil asesinato de

mi hermano el licenciado don Serapio Rendón, y hoy me parece oportuno dar a luz esos detalles, por ser el aniversario del infame crimen.

LA MANO DE HIERRO

Al subir al Poder el general Huerta, por los medios violentos que todo el mundo conoce, se propuso este señor convertir el País en un inmenso cuartel en el que él reinara supremo, sin encontrar contradicción ni en pensamiento, y se empeñó en la ingrata tarea de vencer las resistencias que se oponían a su plan, usando pródigamente los dineros del pueblo para comprar conciencias, medio muy usado entre nosotros desde hace muchísimos años, y empleando sin piedad ni medida lo que se ha dado en llamar mano de hierro, que causa admiración y entusiasmo a buena parte de los mexicanos de todas las clases y condiciones sociales.

INTENTOS DE SOBORNO

Uno de los primeros a quienes Huerta quiso atraer a sus miras, fue a mi hermano, quien gozaba de robusta influencia entre el grupo parlamentario conocido con el nombre de Renovador. Tres veces le envió recado para que fuera a verlo, y las tres veces mi hermano concurrió a la cita, y en cada una de esas entrevistas Huerta trató de sobornar al diputado renovador con deslumbradoras promesas para que en unión de sus amigos políticos, y si esto no era posible, aisladamente, secundara sus planes; pero en cada conferencia la respuesta fue la misma: «Que no podía de ninguna manera traicionar a sus compañeros ni abdicar los principios que había profesado toda su vida».

Al final de la tercera entrevista, en la que no se había avanzado nada, el general traidor juzgó, sin duda, que demasiado había hecho para doblegar el carácter honrado y los principios firmes de un adversario franco y leal, y entonces decidió emplear su segundo medio. Cuando mi hermano Serapio traspasó los umbrales de la casa del general Huerta, en donde se ve-

rificó la conferencia, el crimen estaba resuelto en la mente de ese criminal nato.

«ES USTED UN GALLINA . . . »

Una noche el doctor Urrutia, entonces ministro de Gobernación, llamó a su presencia a Joaquín Pita, inspector general de policía, y le dijo: —«Es preciso suprimir al licenciado Rendón; conviene así a los grandes intereses del País». Pita, sea por amistad o sea por propia seguridad, o por cualquiera otra causa, se negó a consumir acto alguno sin la debida orden escrita; e indignado Urrutia se lo apostrofó con estas palabras: —«Es usted un gallina; puede usted retirarse; yo me encargaré del asunto».

Volvió sus miradas entonces a otro criminal a quien nada arredraba—a Blanquet, ministro de la Guerra,—y éste puso a su disposición a su *alter ego* el licenciado Vidaurrázaga, su secretario particular, quien, a su vez, se entendió con Francisco Chávez, verdugo oficial con el nombre de inspector de las *comisiones de seguridad*, y con el vil y cobarde asesino Fortuño Miramón, teniente coronel de un cuerpo irregular de guarnición en Tlalnepantla y nieto del fusilado en el cerro de las Campanas.

UN ARTÍCULO INTERESANTE

Los sucesos del último día los he narrado en mi carta anterior, y para mayor amplitud le acompaño un número de «La Linterna», en donde el licenciado José R. Castillo, uno de los primeros que oyó los rumores del crimen y uno de los últimos que acompañó a mi hermano, publica un bien escrito artículo acerca de este negro crimen y que dice lo siguiente:

«En torno de la desaparición del señor licenciado don Serapio Rendón, y de su cobarde e inicuo asesinato perpetrado por orden de Huerta y Blanquet, con la aquiescencia del «Juan diente» Urrutia y por los sicarios de Gabriel Huerta; en derredor de ese crimen se ha formado tal serie de leyendas fantásticas y embusteras, que ahora que se puede comenzar a decir la

verdad, forzoso es decirlo en toda su amplitud para que la justicia tome nota y la opinión pública se dé cuenta de la inmoralidad repugnante de los hombres perversos que se agruparon en torno del «asesino».

QUIÉN ERA SERAPIO RENDÓN

«Yo conocí a Serapio Rendón en la casa de la distinguida señora doña Clara Scherer, viuda de Scherer, y al poco tiempo de tratarnos nos ligamos con una franca y leal amistad. Rendón era un hombre de sinceras convicciones radicales; odiaba con todas sus energías la mentira, la patraña y las intrigas; era partidario sincero y decidido de la democracia, y más de una vez, en animada conversación, mientras otras personas hacían música o jugaban «bridge», estudiábamos los hondos problemas agrarios que se debaten, principalmente analizando todas las infamias y atropellos de que han sido víctimas los jornaleros del arruinado Estado de Morelos, víctimas de los odiosos encomenderos que allí han acaparado la propiedad, y que se consideran señores feudales, ya que todas las tiranías que han pasado les han dejado hacer lo que han querido. Y conste que nos referimos a los Ignacio de la Torre y Mier, Pablo Escandón—llamado general,—la sucesión de Vicente Alonso, García Pimentel y otros potentados.

«Esta franca amistad me llevó a tomar verdadero interés por todo lo que se refería a Rendón.

UNA CONVERSACIÓN CALLEJERA

«El mismo día en que tomé conocimiento, de un modo enteramente casual, de que algo terrible e infame se tramaba contra mi buen amigo, Serapio Rendón desapareció, y supe, por una plática callejera, que dizque en la secretaría particular del general Blanquet el licenciado Manuel Vidaurrázaga había dicho respecto a Rendón:—«Hay que darle su pasaporte». Esto lo decía a un alto jefe de la policía. ¿Quién era? ¿Francisco Chá-

vez? ¿Gabriel Huerta? Lo ignoro. Ya la justicia se encargará de averiguar todo esto.

SUS AMIGOS SE ALARMAN

«Impresionado por tales hechos, me reuní con el señor don José María Tornel, amigo íntimo de Serapio Rendón, y le comuniqué mis noticias. Los dos resolvimos hablar de esto inmediatamente con Rendón. Nos dirigimos a la casa de la señora Scherer cuando casualmente nos encontramos en la calzada de la Reforma al señor licenciado Rafael Zubaran, quien nos dijo muy apenado:—«Estoy muy intranquilo porque me he enterado que se está maquinando algo tremendo contra Serapio Rendón. *Quieren asesinarlo*. Ya se lo dije; pero desgraciadamente no me ha hecho caso». Y dirigiéndose al señor Tornel, añadió:—«Usted, Pepe, que tiene tanta influencia con Rendón, convénczalo de que debe irse de México». Nosotros, a nuestra vez, le comunicamos a Zubaran lo que se tramaba contra Rendón en la secretaría particular de Blanquet, y los tres resolvimos hacer los mayores esfuerzos para decidir a nuestro buen amigo a que se salvara, ausentándose de la República. Llegamos Tornel y el suscripto a la casa de la señora Scherer, y esta distinguida dama empezó a inquirir por medio del teléfono en qué parte se encontraba Rendón para decidirlo a que se salvara. Pocos minutos nos bastaron: Rendón se encontraba en la Cámara de Diputados, en la sesión de la Comisión Permanente, y respondió a nuestro llamado que le era imposible ir en seguida a la casa de la señora Scherer; pero que a las siete de la noche de ese mismo día nos reuniríamos en la dicha casa.

NO SE ESCONDIÓ RENDÓN

«Y aquí debo hacer un paréntesis. Se ha dicho que Serapio Rendón, antes de que lo aprehendieran, estaba oculto en quién sabe qué parte. Esto es un embuste. Serapio Rendón no se escondió ni un solo momento, como no vaciló en ningún instante en el cumplimiento del deber, ni se apartó una sola línea del

recto camino que se había trazado, defendiendo las ideas de su partido y siendo fiel y respetuoso a la memoria de Madero. Todos conocen su noble y franca actitud en la Cámara de Diputados, y el notorio valor civil que desplegó en todos sus actos.

EN CASA DE LA SEÑORA SCHERER

«Aquella noche nos reunimos en la aristocrática mansión del paseo de la Reforma, galantemente invitados por la señora Scherer, el licenciado Jorge Vera Estañol, amigo íntimo de Rendón, muy empeñado en que éste se salvara; José María Tornel, el licenciado Fernando Baz, Serapio Rendón y el suscripto; y después de la cena llamé aparte a Rendón y le hice ver todos nuestros temores y el peligro real que lo amenazaba; además, le comuniqué las súplicas de Zubaran; Rendón me escuchó con toda intrepidez y sin inmutarse me contestó:—«¿Y usted, amigo Castillo, cree en todas esas pamplinas? Si usted supiera desde cuándo me están diciendo que me van a matar, se reiría, como yo, de lo que me dicen. Van más de diez avisos que me dan. Esos son manejos de los huertistas, que quieren asustarme para que yo me escape como un cobarde, y no lo conseguirán». Insistí sobre los grandes peligros que lo rodeaban, me apoyé en las súplicas de Zubaran y al fin logré hacerlo vacilar. Pero inmediatamente me dijo:—«Pero si lo que se me pide es imposible. ¿Con qué dinero me voy? ¿Cómo dejo a mi familia sin recursos? Yo soy pobre, y bien pobre, créame usted. Yo no he hecho negocitos ni «chanchullos», como tantos otros. Si me ausento de México, mi familia carecerá de todo».

«Lo tranquilicé; no le faltarían recursos para el viaje, pues sus amigos allí reunidos estábamos resueltos a proporcionárselos.

«ME IRÉ PASADO MAÑANA»

«Rendón me dió calurosamente las gracias, y al fin me dijo:—«Pues bien, decididamente rehusó. Yo estoy comprometido con mis amigos, y no puedo dejarlos. Sería una villanía.

Ellos han confiado en mí, y si me voy, causaría grandes perjuicios a mi partido.

«Viendo que mis súplicas eran infructuosas, llamé al señor Tornel para ver si él convencía a Rendón. Pepe Tornel habló cariñosa y convincentemente a Rendón; le repitió las súplicas de Zubaran, y la misma señora Scherer, muy conmovida, le rogó a Serapio que se marchara, asegurándole que nada le faltaría para su viaje; que se arreglara rápidamente; que permaneciera aquella noche en su casa y que al día siguiente, en su automóvil, lo llevaríamos a la villa de Guadalupe para que se fuera para Veracruz, acompañándole hasta el puerto Tornel o yo, o los dos.

«A tanta súplica, Rendón, por cortesía, pareció decidirse y nos dijo:

«—Pues bien, les ofrezco a ustedes que me iré pasado mañana. Mañana arreglaré mis cosas, pasaré el día con mi familia, y pasado mañana estaré a sus órdenes.

HACIA LA MUERTE

«Nos tranquilizamos con esta promesa, y ya no insistimos más.

«En ese instante dió el cuarto para las once de la noche, y Rendón dijo:

«—Debo retirarme; ya es muy tarde.

«Todos le suplicamos que no se marchara solo, sino que *todos* deberíamos acompañarlo hasta su casa.

«Vera Estañol añadió:

«—Lo llevaré a usted en mi auto, Serapio.

«Rendón rehusó y se despidió.

«¡No debíamos volverle a ver!

«Pepe Tornel lo acompañó hasta la reja de aquella casa, y todavía le dijo:

«—Lo voy a acompañar a usted.

«—De ninguna manera, contestó Rendón; vivo aquí muy cerca.

«Rendón se alejó. La noche era soberbia; la Luna plateaba

con luz esplendente el ancho paseo, a la vez que proyectaba insondables sombras. Rendón atravesó la rotonda de Colón, bajo el resplandor de la luz eléctrica de los enormes candeleros que rodean el monumento.

«Pepe Tornel lo vió todavía cruzar esa brillante claridad y perderse al fin entre las sombras que proyecta el «Hotel de la Reforma».

«Todos nos habíamos conformado con su promesa de que partiría dos días después. ¡Qué ajenos estábamos de que el querido y pobre Serapio, al despedirse de nosotros, iba camino de la muerte!

«A MI PADRE YA LO ASESINARON»

«Al día siguiente, a las siete de la mañana, la señora doña Clara Scherer, viuda de Scherer, me habló por teléfono y me dijo muy inquieta:

«—Temo que a nuestro amigo le haya sucedido lo que temíamos.

«—¿Por qué?—le pregunté.

«—Porque no fue anoche a su casa, y su hijo Víctor lo ha venido a buscar.

«—Dígale usted que vaya a casa de Tornel; allá voy a encontrarlo—le contesté.

«Y en la casa de Pepe Tornel me encontré al interesante y simpático hijo mayor de Serapio Rendón. Nos comunicamos nuestras mutuas impresiones, y aquel valiente joven nos dijo:

«—A mi padre ya lo asesinaron.

«Y fueron inútiles cuantas pesquisas hicimos para saber el paradero de Rendón.

«Yo todavía me esperaba en que Serapio no hubiera sido asesinado, sino que estuviera detenido en algún cuartel o comisaría.

LAS PRIMERAS INDAGACIONES

«—Es preciso indagar, nos dijo la señora Scherer.

«Y entonces esta noble dama, que ha sido tan cariñosa ami-

ga de todos los simpatizadores de la revolución, puso en movimiento a todos sus amigos. Consiguió, en poco tiempo, que el encargado de negocios de la Embajada norteamericana, míster O'Schaugnessy, y míster Halle, doctor y secretario particular de míster Lind, se dirigieran a la secretaría de Relaciones Exteriores a informarse del paradero de Rendón.

LO QUE DIJO URRUTIA

«Nosotros no quisimos, en manera alguna, mezclarnos en estas gestiones de los diplomáticos yanquis. Pero en la tarde supimos que se habían acercado al ministro licenciado Garza Aldape y que éste les indicó que deberían ver al doctor Urrutia, que, para maleficio de este país, fue ministro de Gobernación y el «Juan diente» de Victoriano Huerta.

«¿Qué pasó en aquella entrevista? Los detalles los desconozco; pero supe esa misma noche que en un arranque de franqueza Urrutia dijo a tales señores:

«—Lo siento mucho; yo no he tenido intervención en ese asunto . . . ; pero ¡la cosa ya no tiene remedio!

«¡Así se confesaba, por el mismo ministro de Gobernación de Huerta, que Serapio Rendón había sido asesinado!

«Fue aquello un golpe tremendo para todos. La dignísima y santa esposa de Serapio estuvo a punto de morir cuando conoció la verdad.

«Su hijo Víctor, ese valiente muchacho rubio, presa de santa indignación, nos dijo:

«—Mi padre ha sido asesinado por defender la justicia y las libertades! ¡Bendito sea! ¡Dios lo acogerá en su seno!

«Y todos sentimos correr nuestras lágrimas, jurando yo hacer lo que ahora cumplo: que algún día había de señalar a los asesinos!»

J. R. DEL CASTILLO.